

peranzas, ve que derepente se le cierran las puertas de la elevacion y de la fortuna y que le quitan de entre las manos los puestos que habia merecido y de los que ya se juzgaba en posesion? ¿Amenazado si se queja, de perder los que posee; obligado á doblar la rodilla delante de sus rivales, mas felices que él, y a vivir dependiente de aquellos á quienes antes aun no los tenia por dignos de que le sirviesen? ¿Se retirará del mundo para vengarse, murmurando eternamente de la injusticia de los hombres? ¿Pero qué ha de hacer en su retiro sino dar mas lugar á sus pesares y menos diversion á sus penas? ¿Se consolará acaso con el ejemplo de sus semejantes? No por cierto, porque cuando nosotros miramos nuestras desgracias, nunca creemos que se parecen á las de otros. Además de que ¿qué consuelo puede haber en ver renovarse sus penas, segun va descubriendo la imagen y la memoria de ellas en las de los demás?

¿Podrá confiar en una vana filosofía y en las luces de su entendimiento? No, porque la razon cuando la dejan sola, presto se cansa; el que es filósofo para el público, para sí mismo siempre es hombre. ¿Recurrirá á entregarse todo á los placeres é infames sensualidades? No, porque el corazon que varía en las pasiones, solo muda de tormento. ¿Podrá esperar que hallará en la inaccion la dicha que no encontró en sus vivas y eficaces pretensiones? No, porque una conciencia delinciente, aunque pueda conseguir la indiferencia, no consigue la tranquilidad: bien podrá el hombre no sentir sus desgracias é infortunios; pero siempre sentirá sus infidelidades y sus culpas: el pecador desgraciado, católicos, no tiene recurso; todo falta á una alma mundana cuando la llegó á faltar el mundo.

Pero el justo, en el mismo desprecio que de él hace el

mundo aprende á despreciarle; la injusticia de los hombres le sirve solamente para acordarse de que sirve á un Señor mas justo que no se apasiona ni se deja engañar, que solo ve en nosotros lo que en la realidad hay, que para decidir de nuestra suerte se gobierna por nuestros corazones, y que para con él no debemos temer mas que á nuestra propia conciencia, y que así es felicidad el servirle; que no hay que recelar de su ingratitud, pues está escrito cuanto se hace por él; que en vez de no hacer caso ó de olvidarse de nuestros trabajos y servicios, cuenta hasta nuestros deseos, y que con él solo se pierde lo que se deja de hacer por agradarle.

¿Qué motivos de consuelo no halla una alma fiel en estas luces de la fe! ¡qué poco la mueve el mundo, sus revéses ni sus malos tratamientos cuando le contempla de este modo! Entonces, arrojándose en el seno de su Dios y mirando con ojos cristianos la nada y vanidad de las cosas humanas, siente mudarse en ella repentinamente aquellas inquietudes inseparables de la naturaleza en una suave paz; ve un rayo de luz que alumbra su alma y restablece en ella la tranquilidad; un dardo de consuelo que penetra su corazon y dulcifica en él toda la amargura. ¡Ah católicos, y qué felicidad es servir á solo aquel Señor que puede hacer felices á todos los que le sirven! ¡Oh dichosa condicion de la virtud, y qué mal que te conocen los hombres! ¿En qué consiste que te tengan por suerte desagradable y triste cuando sola tú puedes consolar á los infelices que están en este destierro y suavizar todas sus penas?

Finalmente, los juicios del mundo, que para los mundanos son motivos de tantos pesares, acaban tambien de consolar al alma fiel, porque es un suplicio para los amadores del mundo el estar siempre expuestos á sus juicios, esto es,

á la censura, á la befa y á la malicia de todos. Por mas que uno desprecie á los hombres, siempre quiere ser estimado de los mismos que desprecia. Por mas elevado que uno se halle sobre los demás, la elevacion le expone mas á la vista y á las conversaciones de la multitud, y aun se sienten mas vivamente las censuras de aquellos de quienes no se debian esperar sino respetos. Por mas que se goce de los públicos aplausos, los desprecios son tanto mas sensibles quanto son menos comunes y mas raros; por mas que uno se vengue de estas censuras con otras mas vivas y mordaces, la venganza siempre supone el resentimiento y el dolor, y por otra parte, es mucho menos el gusto que se experimenta en despreciar, que el pesar que se recibió en ser despreciado. Finalmente, desde que vivís solo para el mundo y que vuestros deleites ó pesares dependen solamente de él, no podeis mirar con indiferencia sus juicios.

No obstante, entre estas contradicciones se ha de buscar la alegría. Os disputan todo lo que ó la verdad ó la vanidad os atribuye, vuestros talentos, vuestro nacimiento, vuestra reputacion, vuestros servicios, vuestros aciertos, vuestra prudencia, vuestro honor: si quereis hacer valer vuestra nobleza, se la disputan á vuestros antepasados; si vivís en el olvido, echan la culpa á vuestra poca habilidad; si salís bien con vuestras empresas, se atribuye ó á la casualidad ó al mérito de vuestros subalternos; si gozais de la estimacion del público, apelan de su error al juicio de los mas prudentes; si sabeis agradar, dicen al instante que habeis sabido aprovecharos bien de vuestro talento; si vuestra conducta es extraordinaria, luego satirizan vuestro génio. Finalmente, seais el que fuéreis, grande, pequeño, príncipe ó vasallo, el estado mas feliz que podeis desear para complacer vuestra vanidad, es ignorar el juicio que de vosotros

hace el mundo. Las mismas pasiones con que estamos unidos nos desunen; la envidia oscurece aun nuestras mas nobles circunstancias, y son censores de nuestros placeres aun aquellos mismos que los imitan.

Pero una alma fiel está libre de todas estas inquietudes. Como no desea la estimacion de los hombres, tampoco teme sus desprecios; como no tiene por fin el agradarlos, tampoco extraña no haberles dado gusto. Dios solo, que es quien ve su corazon, es el único juez á quien teme, y el que al mismo tiempo la consuela en los juicios que de ella hacen los hombres. Su gloria es el testimonio de su conciencia; busca su fama en el cumplimiento de su obligacion, mira los aplausos del mundo como escollo de la virtud ó como recompensa del vicio, y sin atender á sus juicios, se contenta con darle buen ejemplo. ¡Pero qué es lo que digo, católicos! Aun el mismo mundo, estando como está lleno de desprecios, de censuras y de malicia para con aquellos que le adoran, se ve obligado á venerar la virtud de los que le desprecian y aborrecen; él mismo parece que imprime en la persona de un verdadero justo no sé qué dignidad, no sé qué cosa divina que se granjea la veneracion y casi el culto de las almas mundanas; parece que su íntima union con Jesucristo hace que brille en él, como antiguamente en los tres discípulos que estaban en el santo monte, una parte de aquel celestial resplandor que derramó el Eterno Padre sobre su Hijo querido, y que no deja libertad para no respetarlos: este un derecho inseparable que tiene la virtud sobre los corazones de los hombres, y el mundo, siempre inconsiguiente, desprecia las mismas pasiones que inspira, y venera la virtud que contradice. No quiero decir que la estimacion del mundo, tan digna de ser despreciada, sea de gran consuelo para el alma fiel; pero

la consuela el ver que el mundo se condena á sí mismo, que declaman contra los placeres los mismos que los buscan, que los pecadores son los apologistas de la virtud, y que la vida del mundo se pasa tristemente, haciendo lo mismo que él condena y huyendo de lo que aprueba.

De este modo el mismo mundo es motivo de consuelo para una alma cristiana; pero aun mas: si piensa en lo por venir, halla en esta reflexion muchos consuelos que para el pecador no son mas que continuos y secretos sobresaltos, y esta es la última utilidad que sacan los justos de las luces de la fe. Mantiénense y se consuelan con la magnificencia de sus promesas, esperan la bienaventurada esperanza y aquel feliz instante en que serán agregados á la Iglesia del cielo, reunidos á los hermanos que perdieron en la tierra, recibidos por ciudadanos eternos de la Jerusalem celestial, incorporados en la congregacion inmortal de los escogidos de Dios, en donde la caridad será la ley que los una, la verdad la luz que los ilumine, y la eternidad la medida que pondrá fin á su dicha.

Estas reflexiones son de tanto mayor consuelo para los justos, cuanto están mas fundadas sobre la verdad del mismo Dios. Saben que sacrificando todo lo presente, nada sacrifican; que todo pasa en un instante; que lo que se ha de acabar no puede durar mucho; que ese momento de tribulacion es nada respecto al inmenso peso de gloria que él nos dispone, y que la rapidez de las cosas presentes no merece el que se cuente por años ni por siglos.

Sé muy bien que la fe puede subsistir aun entre costumbres depravadas, y que muchas veces se pierde la gracia santificante sin perder la sincera sumision á las verdades que el Espíritu de Dios nos ha revelado; pero esta certidumbre de la fe, que es de tanto consuelo para el alma

justa, para el pecador que aun cree, no es mas que un abismo inagotable de remordimientos secretos y de temores crueles, porque cuanto mas ciertas os parezcan las verdades de la fe á los que teneis sepultada la conciencia en una vida llena de desórdenes; tanto mas inevitables os deben parecer los suplicios con que amenaza á los pecadores como vosotros, y tanto mas cierta os parecerá vuestra desgracia. Todas las verdades que la doctrina santa presenta á vuestra fe, despiertan en vosotros nuevos sobresaltos. Estas luces divinas, raiz de todo consuelo para las almas fieles, se os representan como luces de venganza que os amedrentan, os turban y os juzgan; os manifiestan continuamente lo que nunca quisiérais ver; os enseñan, á pesar vuestro, lo que siempre quisiérais ignorar; ponen á vuestra vista lo que á lo menos por algun tiempo quisiérais tener en olvido. Vuestra misma fe os adelanta el suplicio. Vuestra religion aquí en la tierra, si es lícito decirlo así, es vuestro infierno, y cuanta mayor es vuestra sumision á la verdad, tanto mas infeliz es vuestra vida. ¡Oh Dios mio! ¡y qué grande es vuestra bondad para con el hombre, pues quisisteis que la virtud fuese necesaria aun para su sosiego, y le llamais para vos, permitiendo que sin vos no pueda ser dichoso!

Permitidme, amados oyentes míos, que os haga reflexionar estas verdades dentro de vosotros mismos. Aun cuando no fuera tan lastimoso el destino de una alma pecadora en el siglo venidero, reflexionad si es digno de envidia aun en este mundo. Sus aflicciones son irremediables, sus desgracias no tienen consuelo, sus mismos placeres están llenos de inquietudes; padece infinitos sobresaltos acerca de lo presente: sus pensamientos acerca de lo pasado y de lo por venir son funestos y tristes; su fe la atormenta y sus

lucos la desesperan. ¡Qué estado tan triste! ¡qué destino tan fatal! ¡qué terribles mutaciones ocasiona un solo pecado en lo exterior é interior del hombre! ¡cuánto trabajo le cuesta el prepararse á las eternas penas! ¡No es, pues, cierto, católicos, que el camino del mundo y de sus pasiones es mucho mas penoso que el del Evangelio, y que el reino del infierno, si es lícito explicarse de este modo, padece aun mas violencia que el del cielo? ¡Oh inocencia de corazon, y cuántos bienes traes contigo al hombre! ¡Oh hombre, cuánto pierdes cuando pierdes la inocencia de tu corazon! Pierdes todos los consuelos de la fe, que son la ocupacion mas deliciosa de la piedad de los justos, y te privas tambien á tí mismo de todas las dulzuras de la gracia, que tan envidiable hace en este mundo la suerte de los justos.

SEGUNDA PARTE.

Cuando prometemos, dice San Agustin, á las almas mundanas consuelos y dulzuras en la observancia de la ley de Dios, miran nuestras promesas como un lenguaje piadoso de que usamos para alabar la virtud; y como el corazon que no gustó nunca estos castos deleites tampoco puede comprenderlos, nos vemos precisados, continúa este santo Padre, á responder: ¿cómo quereis que os persuadamos? No podemos decir: gustad, y vereis cuán suave es el Señor;¹ porque un corazon enfermo y desarreglado no puede gustar las cosas del cielo; dadnos un corazon que ame, y él entenderá todo lo que decimos.

No es ahora mi principal intento manifestar todas las se-

¹ Psalmo 33, v. 9.

cretas operaciones de la gracia en el corazon de los justos, sino contraponer el feliz estado en que los constituye acá en la tierra, á la triste situacion de los pecadores, y acabar con este paralelo de confundir el vicio y alentar á la virtud. Digo, pues, que la gracia da á las almas justas en la tierra dos géneros de consuelos; unos interiores y secretos, otros exteriores y sensibles, ambos tan esenciales para la felicidad de esta vida, que no hay en la tierra ningun placer que á ellos equivalga.

La primera utilidad interior que facilita la gracia á una alma fiel, es el establecer en su corazon una paz sólida y reconciliarla consigo misma. Porque, católicos, todos tenemos dentro de nosotros mismos los principios naturales de equidad, de pudor y de rectitud. Nacemos, como dice el apóstol, con las reglas de la ley escritas en nuestros corazones; aun cuando nuestras pimeras inclinaciones no sean á la virtud, á lo menos conocemos que ella es nuestra primera obligacion; por mas que la pasion intente algunas veces persuadirnos en secreto que nacimos para el deleite y que las inclinaciones que en nosotros ha puesto la naturaleza no pueden ser verdaderamente culpables, nunca podrá esta extraña persuasion asegurar á una alma pecadora. Es verdad que esto se desea, porque quisiéramos que todo lo que nos deleita fuese lícito; pero esta persuasion es falsa, es un sofisma; porque nos gloriamos de no dejarnos arrastrar de las máximas vulgares, pero en el fondo nada tiene de convincente esta persuasion. Siempre llevamos dentro de nosotros mismos un juez incorruptible que sin cesar se pone de parte de la virtud contra las pasiones que mas nos lisonjean, que mezcla con las que mas nos arrastran las ideas importunas de nuestra obligacion, y que nos hace in-

felices en medio de nuestros deleites y de nuestra abundancia.

Este es el estado de una conciencia impura y manchada; el pecador es quien se acusa á sí mismo en lo íntimo de su corazon; á todas partes lleva consigo una inquietud que con nada se sosiega; es desgraciado por no poder vencer sus desarregladas inclinaciones; pero aun lo es mucho mas por no poder sofocar sus importunos remordimientos: arrastrado de su flaqueza y avisado por sus luces, se disputa á sí mismo el delito que se permite, y en el mismo tiempo en que goza del deleite injusto, se le está reprendiendo á sí mismo. ¿Qué ha de hacer pues? ¿combatirá sus luces para sosegar su conciencia? ¿dudará de su fe para gozar con mas tranquilidad de sus delitos? ¡Pero ay! que la incredulidad es un estado aun mucho mas infeliz que la misma culpa; ¿vivirá sin Dios, sin culto, sin principio y sin esperanza, creerá que los excesos mas abominables y las mas puras virtudes no son mas que nombres; mirará á todos los hombres como á aquellas figuras viles y ridículas, á quienes se les hace que se muevan y hablen en un teatro, y que solo sirven de divertir á los concurrentes; se mirará á sí mismo como produccion del acaso y eterna posesion de la nada? ¡Pero ay! que estos pensamientos tienen en sí una tan funesta oscuridad, que no los puede mirar el alma sin horror, porque la incredulidad mas es desesperacion del pecador que alivio del pecado. ¿Qué ha de hacer pues? Obligado á huir continuamente por el miedo de encontrarse con su propia conciencia, corre de objeto en objeto, de pasion en pasion, de precipicio en precipicio. Cree que á lo menos con la variedad de los placeres podrá llenar su vacío y su insuficiencia; no deja alguno que no pruebe; pero en vano ofrece su corazon sucesivamente á todas las

criaturas; todos los objetos de sus pasiones le responden, dice San Agustin: no te engañes en amarnos, no somos nosotros la felicidad que buscas, ni podremos hacerte feliz; levántate sobre las criaturas y vé á buscar en el cielo al que nos formó, y allí sabrás si es mayor y mas amable que nosotros. Este es el destino del pecador.

No quiero decir que el corazon de los justos goce en esta vida una tranquilidad tan inalterable que no experimente alguna vez acá en la tierra tribulaciones, disgustos é inquietudes; pero estas son unas nubes pasajeras que solo cubren, por decirlo así, la superficie de su alma. En su interior reina siempre aquella calma profunda, aquella serenidad de conciencia, aquella sencillez de corazon, aquella igualdad de espíritu, aquella confianza viva, aquella resignacion pacífica, aquella tranquilidad de pasiones y aquella paz universal que aun desde esta vida es ya principio de la felicidad de las almas inocentes. Criaturas vanas, ¿qué poder tendreis sobre un corazon que no hicisteis vosotras y que no se hizo para vosotras? La paz del corazon es el primer consuelo de la gracia.

El segundo es el amor que suaviza á los justos los rigores de la ley y muda, segun la promesa de Jesucristo, su yugo, que parece insoportable á los pecadores, en yugo suave y de consuelo para ellos. Porque una alma fiel ama á su Dios aún con mas viveza, mas tiernamente y con mas solidez que habia antes amado al mundo y á las criaturas. Cuanto intenta por él, aunque sean los mayores trabajos, ó no cuestan nada á su corazon, ó le sirven de deleite. Porque es carácter del amor santo, cuando es dueño del corazon, ó suavizar las penas que causa, ó mudarlas en santos placeres. Y así, una alma enamorada de Dios, quiero explicarme de este modo, perdona con alegría, sufre con con-